

El riesgo de ser macho

Dos investigadores de psicología evolutiva de la Universidad de Michigan, Daniel Kruger y Randolph Nesse, realizaron un estudio sobre las diferencias que existen en las tasas de mortalidad entre hombres y mujeres para las 11 principales causas de muerte en diferentes grupos de edad en los Estados Unidos y en otros 20 países. También estudiaron las diferencias en los índices de mortalidad entre los dos géneros en los últimos 70 años en cinco países. Llegaron a la conclusión de que en los países desarrollados, el mayor factor de riesgo demográfico que existe, en relación a muertes prematuras, es pertenecer al sexo masculino.

La investigación demuestra cómo las diferencias de género, moldeadas a través de la evolución, interactúan de formas muy complejas con múltiples aspectos culturales, para dar un patrón que se repite en diversas culturas y a través del tiempo, resultando en índices de mortalidad más altos para los hombres, fenómeno muy parecido al que sucede con el resto de los mamíferos.

En las especies animales en las que las hembras son las que invierten más tiempo y esfuerzo en el cuidado de sus crías, éstas tienden a ser muy cuidadosas en la elección de la pareja, por lo que el éxito reproductivo de los machos depende de su habilidad para competir con otros machos, ya sea ganando batallas o desarrollando conductas que las hembras prefieren. A través de la evolución, en estos machos han prevalecido los genes que promueven la habilidad competitiva y la capacidad de tomar riesgos, con el alto costo de que su capacidad de repararse y de prevenir enfermedades no se ha desarrollado al mismo grado que en las hembras. Ésta es una de las razones evolutivas que explica que en la mayoría de las especies animales las hembras vivan, en promedio, más que los machos. Además, en los mamíferos, los machos poseen un sistema fisiológico, inmunológico y endócrino más vulnerable que el de las hembras, en parte debido a los efectos inmunosupresores de la hormona masculina testosterona.

Los investigadores aseguran que en los varones el éxito reproductivo también está relacionado con la capacidad de tomar riesgos en la competencia por los recursos, por alcanzar un nivel social más alto y por encontrar una pareja. En las mujeres, la capacidad de tomar riesgos está limitada debido a que la supervivencia de los hijos depende más del cuidado materno. La tendencia de los hombres a ser menos precavidos que las mujeres se refleja en las diferencias de género que claramente se aprecian en las estadísticas sobre accidentes y violencia: los accidentes son la cuarta causa de muerte en hombres y la séptima en mujeres.

Los autores también tomaron en cuenta factores culturales como son la mejoría en las condiciones de salud para las mujeres durante el parto y el hecho de que los hombres acuden con menor frecuencia al médico, así como el riesgo de padecer enfermedades cardíacas o la respuesta al estrés, el cual no afecta igual a ambos géneros. Pero una de las conclusiones más interesantes del estudio es que resulta imprescindible entender hasta qué punto nos gobiernan patrones de conducta adquiridos a través de millones de años de evolución.



Los límites de la ciencia

Definimos las cosas por sus límites. En el caso de la ciencia, son también los límites los que, al ampliarse, marcan su avance y desarrollo.

¿Cuáles son los límites de la ciencia? Podríamos dividirlos en tres clases: los límites de lo desconocido, los de lo incognoscible y los de lo impertinente.

Lo desconocido: existen cuestiones, preguntas, misterios que la ciencia todavía no ha penetrado, pero que (confiamos) llegarán a ser resueltos tarde o temprano, conforme la investigación científica, siempre de la mano del imparable desarrollo tecnológico, vaya ampliando su avance.

En este terreno de lo (todavía) desconocido se encuentran cuestiones como, por ejemplo, la posibilidad de vida en otros planetas, las causas de la acelerada expansión del universo o la explicación del efecto placebo, gracias al cual algunos enfermos se curan sólo con recibir pastillas de azúcar. Los científicos están trabajando en ello, y al parecer no existe nada que les impida encontrar, a su debido tiempo, las respuestas.

Un segundo límite es del de lo *incognoscible*: las cosas que sabemos que nunca podremos saber. Preguntas como qué hubo antes del *Big bang*, o si existen otros universos paralelos al nuestro van más allá de los poderes del método científico, pues —al parecer— no existe posibilidad de obtener información al respecto. Ciertamente, los cosmólogos pueden, extrapolando a partir de sus teorías, intentar construir respuestas plausibles, pero comprobarlas resulta imposible. No es que la respuesta no exista, sino que la forma en que está hecho nuestro universo no nos permite explorar para encontrarla.

Finalmente, nos topamos con el límite de lo *impertinente*: las cuestiones en las que el método científico resulta inadecuado, fuera de lugar. Van desde las muy profundas (¿existe un dios —o diosa— creador del universo? ¿cuál es el sentido de la vida humana?) hasta las muy terrenales y cotidianas (¿cómo resolver problemas políticos, amorosos, éticos..?). En todos estos casos, la ciencia no sólo no tiene nada que decir; debe permanecer al margen del debate.

Ante estos límites, una buena comprensión de lo que es la ciencia nos obliga a tener paciencia para llegar a conocer lo que todavía no conocemos, y humildad para aceptar que hay respuestas que nunca podremos conocer. Pero también a ser lo suficientemente inteligentes para reconocer que hay preguntas que tendremos que responder, sólo que sin su ayuda.